

SOBRE EL POSITIVISMO DE UNAMUNO

La congenialidad de Unamuno con algunos de los poetas ingleses que tanto le gustaba leer¹ se explica en parte porque tanto el español como éstos eran hijos de un parecido clima ideológico —el del positivismo—, y porque uno y otros reaccionaron contra él de manera semejante². El cientifismo exaltado de la época fué lo que hizo dudar y puso la inquietud metafísica en el alma de Carlyle, de Ruskin, de Tennyson y Browning, y el mismo prestigio casi mítico de la ciencia positiva fué lo que clavó en el alma de Unamuno adolescente una incredulidad de la que no lograría librarse en toda su vida, por mucho que afirmase clamorosamente su voluntad de creer.

El positivismo filosófico comienza a entrar en España entre los años de 1870 y 1875³, y cuando el muchacho bilbaíno alcanza la edad suficiente para querer pensar con independencia, ya es fuerte en el ambiente intelectual. Es la época en que Núñez de Arce, como si se tratase de un enemigo personal, increpa a

...el hecho cruel y vengativo,
brutal engendro de la ciencia atea.

Por entonces Pachico Zabalbide, ya estudiante en Madrid, comienza a "razonar" su fe, y "concurría con esta tarea en que

¹ Tema ya tratado por el profesor GARCÍA BLANCO en "El entusiasmo de Unamuno por algunos líricos ingleses" (*Atlante*, I-II, 1954, 144-48) y sobre el que se anuncia otro artículo del mismo autor en el próximo número del *Bulletin of Hispanic Studies*, de Liverpool.

² De esta semejanza en la forma de defender la fe amenazada por el cientifismo, ilustrada por las citas de Browning y Tennyson que aparecen en "Del sentimiento...", me ocupé en una tesis doctoral inédita, pero accesible en la Biblioteca de Unamuno, de Salamanca ("Visión de Inglaterra en algunos escritores españoles modernos", 119 y sigs.).

³ Cf. M. MÉNDEZ BEJARANO, *Historia de la filosofía en España hasta el siglo XX*, Madrid 1925, 491-96. La "Revista Contemporánea" tradujo en 1876 el estudio "Psicología comparada del hombre", de Spencer, y la "Revista Europea", "El dominio de la biología". J. A. de Iruete dió una versión de los "Primeros Principios" para la Biblioteca de Filósofos Modernos (Madrid, 1879). Después siguen las traducciones de "Principios de moral", "Principios de sociología" (1883), "Ensayos científicos" (1908) y otras obras de Spencer, hasta bien entrado el siglo XX. A la primera etapa spenceriana corresponde sin duda la llegada de Unamuno a Madrid (1880) y su contagio de positivismo. Para la influencia de Darwin en la medicina y la filosofía, cf. T. Carreras Artau, *Médicos filósofos españoles del siglo XIX*, Barcelona 1952, 22 y sigs.

la fe se desnudaba a sí misma en su mente, la brusca inversión en ésta de mil ideas vagas y resonantes, de retazos de Hegel y de positivismo, recién llevado a Madrid, y que era lo que más le penetraba".

Si en el positivismo español predominaron al principio las ideas de Comte y Littré, pronto el cientifismo británico, representado por Spencer y reforzado por los descubrimientos de Darwin tomaría la avanzada del movimiento filosófico⁴. En el caso concreto de Unamuno, la parte positivista de su formación parece proceder en mayor grado de fuentes anglosajonas⁵. Aunque no podemos determinar con exactitud la fecha, ya en sus años de universitario o inmediatamente después debió leer nuestro autor las obras más divulgadas de Mill y Spencer, y algo más tarde las de Darwin, T. H. Huxley y otros biólogos, como A. R. Wallace, Patrick Geddes y J. A. Thomson⁷. Retrospectivamente nos hablará después de "cuando yo estudiaba con cierto método y asiduidad la psicología y me enfrascaba en las teorías de la escuela asociacionista inglesa y seguía la célebre discusión entre Spencer y Stuart Mill sobre el valor de los axiomas"⁸. Más de un crítico⁹ ha reparado en su confesión de que, en su juventud, era "algo así como spenceriano", y en muchos de sus primeros ensayos, particularmente los contenidos en "En torno al casticismo" y en "Viejos y jóvenes", abundan las alusiones y las citas de Spencer. Recordemos también que tradujo una obra de éste con el título de "La Beneficencia"¹⁰. Pero su interés por el Spencer *sociólogo* es menor que por el Spencer filósofo de la ciencia. Aunque su gran avidez enciclopédica le llevó a leer, entre tantas cosas, obras so-

⁴ *Paz en la guerra*, Renacimiento, 3.ª ed., Madrid 1931, 59

⁵ M. MÉNDEZ BEJARANO, *Ob. cit.*, 492.

⁶ Las alusiones a Comte, Littré o Proudhon escasean en su obra, mientras que las de Spencer y los biólogos ingleses de la escuela de Darwin son abundantísimas. De todas formas, véase el artículo "Cientificismo" (*Ensayos*, II, 501), para su pobre opinión de Comte.

⁷ ALFRED RUSSELL WALLACE (1823-1913), descubridor de la teoría de la selección natural de las especies, al mismo tiempo e independientemente de Darwin; autor de "Contribution to the Theory of Natural Selection", 1870. Sir Patrick Geddes (1854-1932), biólogo discípulo de T. H. Huxley, que se dedicó a investigar sobre evolución de los sexos, tema que le llevó a tratar de varios problemas sociológicos; autor de "The Evolution of Sex", 1889, en colaboración con Sir John Arthur Thomson (1861-1933), biólogo y divulgador científico famoso por sus trabajos en que trató de compaginar ciencia y religión.

⁸ *De esto y aquello*, ed. M. GARCÍA BLANCO, Buenos Aires 1950-54, IV, 512.

⁹ Empezando por M. ROMERA-NAVARRO (*Miguel de Unamuno*, Madrid 1928, 263), autor del primer estudio crítico de Unamuno.

¹⁰ Traducción de "Negative and Positive Beneficence", de Spencer, Agustín Avrial S. A., Madrid, s. a., pero de 1893.

ciológicas, su interés por esta ciencia debió de ser una fiebre pasajera, pues conocidas son las abundantes ironías que dedicó después al tipo del moderno sociólogo. En algunos de sus ensayos discute brevemente teorías económicas y sociales como el mercantilismo de Ricardo y el individualismo manchesteriano¹¹, pero a renglón seguido se vé que la sociología más de su agrado está constituida por las utopías románticas y ruralistas de Ruskin¹², y en una carta a Jiménez Ilundain declara que, detestando a la sociología como pretendida ciencia que quiere medir y manipular groseramente en lo espiritual, su única sociología es luchar porque las relaciones entre los pueblos sean tan cristianas y nobles como deben ser las relaciones entre individuos¹³.

Pero, ¿duró mucho el spencerismo de Unamuno? Aunque las alusiones al filósofo positivista, como hemos dicho, menudean en sus primeros ensayos, muchas de ellas en realidad son ataques de una violencia sólo explicable por reacción contra el entusiasmo que debió merecerle antes. El hecho es que el spencerismo de Unamuno es casi por completo previo a su actividad de escritor. Debió incubarse en sus años de estudiante (1880-83) y de preparador de oposiciones, pero cuando Unamuno empieza a crear su obra ya es mas bien una carga negativa, un motivo de execración y arrepentimiento. En una carta de 1897 se nos muestra la insatisfacción que le produce: "La generación pasada pudo vivir en positivismo intelectual, porque educada en fe cristiana, llevaba ésta por debajo de aquél, como su inconciente sostén. Pero una generación educada en positivismo ha de volver por fuerza a buscar el manantial oculto que sus padres le celaron"¹⁴. En otra ocasión protesta de no haber estado nunca verdaderamente penetrado por el positivismo: "No, nunca estuve enamorado de la ciencia, siempre busqué algo detrás de ella", y añade: "Ni el arte ni la ciencia tienen un fin en sí mismo: lo verdaderamente autoteleológico es la vida, cuyo fin es la mayor y más intensa y completa vida posible"¹⁵. La misma reacción brusca contra el prestigio mítico de la ciencia aparece en varios pasajes de su correspondencia

¹¹ *Ensayos*, Aguilar, Madrid 1945, I, 32 y 286. En adelante nos referiremos a esta edición para todo lo contenido en ella.

¹² *Ensayos*, I, 273 y *De esto y aquello*, I, 180.

¹³ *Cartas a Jiménez Ilundain*, 264, incluídas en P. HERNÁN BRNÍTEZ, *El drama religioso de Unamuno*, Buenos Aires 1949.

¹⁴ *Ibid.*, 257.

¹⁵ Cit. por M. ROMERA-NAVARRO, *Ob. cit.*, 263.

con Jiménez Ilundain. Su amigo Jiménez, ateo perfecto, y también asiduo lector de Spencer, se atreve a decirle cierta vez que "sin la ciencia positiva que constituye el fondo de su gran saber (el de Unamuno), no serían excusables sus paradojas y juegos de palabras". Y a esto Unamuno responde apasionadamente: "Si la ciencia positiva constituye el fondo de mi saber, grande o chico, mi saber no soy yo, ni soy un mero receptáculo de ese saber. Por debajo de ese saber, que como todo saber es siempre pegadizo, por debajo de esa ciencia, en que me cago, estoy yo, yo, yo, mi alma, mis anhelos, mis pasiones, mis amores"¹⁶.

Si Unamuno desprecia su propia cultura científica, con más razón despreciará la concepción positivista que pretende sustituir la religión por la ciencia, y así los ataques al positivismo son innumerables a lo largo de su obra. Este trajo "un género tal de análisis que los hechos se pulverizaban con él" y desaparecían, ocultándonos la verdadera realidad. Su mayor fallo estaba en cimentarse sobre la base movediza de los últimos hallazgos de la ciencia, cosa siempre transitoria y provisional:

"Tal vez en nuestros místicos hay una visión unitaria de la vida del universo, y una visión que, como no arrancada de la ciencia de entonces, ni siquiera de la teología, no está ligada a una forma de ciencia como lo están los sistemas filosóficos al modo de Hegel o de Spencer, que son combinación y síntesis de los últimos resultados de las ciencias. A medida que las ciencias se desarrollan y transforman, deshácense las síntesis filosóficas que sobre ellas se elevaron, y siguen en pie las visiones filosóficas, mas o menos platónicas, que tomaron arranque de otro suelo que el de las ciencias"¹⁷.

Pero el tema de la insuficiencia de la ciencia es una constante a lo largo de toda la obra de nuestro autor y sería ocioso insistir sobre él. Bastaría acudir a un conocido pasaje de "Del sentimiento...", donde, con citas de Byron y Tennyson, se ahonda en la distinción entre ciencia y sabiduría y se dice que ésta última no la dá la primera, sino la visión creadora del artista, y que, según la frase de Matthew Arnold, la poesía es la realidad y la filosofía la ilusión¹⁸. Hagamos notar, sin embargo, que Unamuno no condenó de plano y en bruto la devoción por

¹⁶ *Cartas a Jiménez Ilundain*, 379.

¹⁷ *Ensayos*, I, 881.

¹⁸ *Ibid.*, II, 805-6.

la ciencia. En otra parte de su misma obra central, "Del sentimiento...", nos habla de que la ciencia es "una escuela de sinceridad y de humildad", donde se nos enseña a juzgar las cosas "como ellas son, y no como nosotros queremos que ellas sean". Y este espíritu de humildad y honradez lleva a la religión, de modo que la ciencia es "pórtico de la religión, pero dentro de ésta, su función acaba"¹⁹.

La actitud de Unamuno frente a lo que en su tiempo se llamaba la ciencia positiva se perfila claramente si comparamos su juicio de Spencer, el "ingeniero desocupado metido a metafísico", con el de "aquel santo y sabio hombre que se llamó Darwin". Spencer no era un científico, como Darwin, al que Unamuno respetaba sinceramente, sino un sistematizador de los resultados de la ciencia, sobre los cuales, desorbitándolos de su propio valor y alcance, quiso construir una filosofía. Los ataques que Unamuno le dirige una vez liberado de su influencia son feroces: "Spencer, hombre de vastos conocimientos—más vastos que profundos— no pasaba de ser un dilettante o aficionado a la filosofía, con cierta radical incompreensión de lo más profundo de ella, y a esta su deficiencia debió gran parte de su boga"²⁰. Si tenemos en cuenta las características mentales que luego desarrolló Unamuno, la hostilidad por Spencer no resulta extraña. Todo en ellos es opuesto y antagónico. El pensamiento del español es alógico y asistemático, regido y unificado tan sólo por una constante temperamental y sentimental, no por un esquema de consecuencia racional, y en cambio la filosofía de Spencer constituye un sistema cerrado, perfecto hasta en sus menores detalles, de una coherencia intachable. ¿Cómo no había de criticar Unamuno este sistematismo que a él le parecía signo de insinceridad y de falsedad intelectual, o al menos de simplismo y superficialidad?: "Spencer es otro pensador tan peligroso como Taine por ser igualmente sistemático", dice, y a continuación lo acusa de "incapacidad metafísica", de superficialidad en la crítica que hizo de Kant—"obra de una endeblez e inconsistencia manifiestas"—y de haber envenenado con su "positivismo mecanicista y geométrico" a la "mesocracia intelectual" de su tiempo²¹. El mecanicismo de Spencer, su concepción del universo como un puro juego de fuerza y materia cuyas componentes se com-

¹⁹ *Ibid.*, II, 888.

²⁰ *De esto y aquello*, II, 148.

²¹ *Ensayos*, II, 1142.

plican gradualmente desde la producción del mineral a la del hombre, no podía menos de resultar inhumana y antipática a Unamuno, pero creemos que lo que más exasperaba a éste contra el "ingeniero filósofo" era la famosa distinción entre "knowable" y "unknowable", por ser ésta lo más contrario a su actitud de pesquisa religiosa, de querer entrar, a fuerza de imaginación y de sentimiento, en el misterio del más allá²². Spencer dejaba a un lado lo incognoscible con olímpica frialdad, confiando además en que lo incognoscible iría aclarándose poco a poco, "growing clearer", merced a los avances de la ciencia. No era, por tanto, científico ni lógico ocuparse de ello. Pero Unamuno, por una parte, no se resignaba a dejar de lado lo incognoscible, que encerraba su destino personal de ultratumba, lo único en el mundo que realmente excitaba su curiosidad y su ansia; y, por otra, no creía en el progreso indefinido a impulsos de la ciencia. Por eso dice en "Del sentimiento...":

"Ni salva el anhelo de inmortalidad, sino que lo disuelve y hunde, el agnosticismo o doctrina de lo inconocible, que cuando ha querido dejar a salvo los sentimientos religiosos ha procedido siempre con la más refinada hipocresía. Toda la primera parte, y sobre todo su capítulo V, el titulado 'Reconciliación' —entre la razón y la fe, o la religión y la ciencia, se entiende— de los 'Primeros principios' de Spencer, es un modelo a la vez de superficialidad filosófica y de insinceridad religiosa, del más refinado 'cant' británico. Lo inconocible, si es algo más que lo meramente desconocido hasta hoy, no es sino un concepto puramente negativo, un concepto de límite. Y sobre eso no se edifica sentimiento ninguno"²³.

Esta última frase, bien significativa, resume probablemente la principal causa del violento antis Spencerismo de Unamuno.

Esta fuerte hostilidad con que Unamuno reaccionó contra su spencerismo juvenil contrasta con el respeto y la admiración que tributó siempre a Darwin, "espíritu sereno, ecuaníme y magnánimo si los ha habido". Después de la conmoción que los descubrimientos del gran naturalista suscitaron, Unamuno podrá no aceptar todas las consecuencias de la doctrina evolucionista, pero reconoce en ésta, tal como la formuló Dar-

²² "... mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con El luchó Jacob. No puedo transigir con aquello del Inconocible —o Incognoscible, como escriben los pedantes—, ni con aquello otro de 'de aquí no pasarás'. Rechazo el eterno 'ignorabimus'. Y en todo caso quiero trepar a lo inaccesible" (*Ensayos*, II, 366).

²³ *Ensayos*, II, 793.

win, "una teoría sana y cautelosamente empírica y racional"²⁴. Lo que le repugnaba íntimamente era la tendenciosidad y el apasionamiento dogmático que provocó, tanto en los teólogos que la combatieron como en los "ateólogos" que se aprovecharon de ella para sacar consecuencias gratuitas en las que Darwin nunca pensó²⁵. Para Unamuno, Darwin es un modelo de científico abnegado, honrado y consciente de la limitación y provisionalidad de sus hallazgos, sobre los cuales no quiere edificar temerariamente ninguna filosofía, y tal vez por eso las enseñanzas del naturalista calaron en él más hondo que las sistematizaciones de Spencer. Así no le repugna prolongar la doctrina darwinista con sus propias concepciones filosóficas, como hace en las siguientes palabras de una de sus obras fundamentales:

"¿Cuál es, en efecto, la fuerza oculta, el último agente del perpetuarse los organismos y pugnar por persistir y propagarse? La selección, la adaptación, la herencia, no son sino condiciones externas. A esa fuerza íntima, esencial, se le ha llamado voluntad, por suponer nosotros que sea en los demás seres lo que en nosotros mismos sentimos como sentimiento de voluntad, el impulso a serlo todo, a ser también los demás sin dejar de ser lo que somos. Y esa fuerza cabe decir que es lo divino en nosotros, que es Dios mismo, que en nosotros obra porque en nosotros sufre"²⁶.

Otro testimonio interesante es el discurso pronunciado por don Miguel en la Universidad de Valencia con motivo del centenario de Darwin²⁷. En él queda claro que Unamuno veía en el gran naturalista un genio poético, creador, cuya teoría constituye un atisbo inspirado del grandioso proceso según el cual el Universo, tras despertar lentamente del sueño en la materia bruta, va tomando poco a poco conciencia de sí mismo hasta culminar en el espíritu del hombre. Esta es la idea que Unamuno desarrolla y que remata con la traducción suya de un poema de Antero de Quental, otro gran "darwiniano", tras la cual concluye: "Ved aquí una de las visiones más espléndidas que le ha sido dado soñar al hombre, la visión del Universo todo, animado e inanimado, cobrando conciencia de sí, dán-

²⁴ *Ibid.*, II, 845.

²⁵ *Ibid.*, II, 550. Parece que Unamuno siguió las controversias sobre el darwinismo en la conocida obra de A. D. White, "A History of the Warfare of Science with Theology in Christendom", London 1895, que Unamuno comenta en alguna parte.

²⁶ *Ensayos*, II, 845.

²⁷ *Tribuna médica*, Valencia, año III, n.º 13, Febrero de 1909. Este discurso será incluido en el vol. VII de las Obras Completas de Unamuno que viene publicando la editorial Afrodisio Aguado, según me comunica el profesor García Blanco.

dose conocimiento de sí, y cayendo entonces las formas transitorias"²⁸.

La distinta significación que tienen Spencer y Darwin en la apreciación de Unamuno se podría, pues, resumir con un juego de palabras. Para Unamuno, Darwin es un hombre religiosamente científico, y Spencer un hombre científicamente religioso. El primero se acerca a la ciencia con la devoción y la suprema sinceridad que se deben tener en la búsqueda de la verdad. El segundo, al relegar el mundo religioso al limbo de lo "unknowable", trata lo trascendente como el matemático trata a un residuo despreciable o innecesario para sus cálculos. Y esto explica que, al reaccionar contra su primitivo positivismo, nuestro escritor abominase del "ingeniero filósofo" y conservase, en cambio, una cordial veneración por "aquel santo y sabio hombre que se llamó Darwin".

Ahora cabe preguntarse: ¿qué huella dejó en el Unamuno definitivo, en el Unamuno que se nos conserva en sus obras, la afición positivista de su juventud? Es de temer que la respuesta a esta pregunta no pueda ser nunca dada de un modo objetivo, sino que variará grandemente según las creencias religiosas del propio crítico. Porque, en fin de cuentas, el problema se puede plantear en estos términos. Unamuno, después de respirar en su infancia una atmósfera intensamente religiosa, perdió la fe. A esta pérdida contribuyó en no escasa medida el ambiente cientificista, materialista, positivista (dosifíquense estos adjetivos como se prefiera) de que participó, a través de lecturas y amistades, en su período de estudiante. Contra todo ello reaccionó después, pero la simiente estaba echada. Toda su vida es una penosa oscilación del ateísmo al cristianismo, de una concepción materialista a una concepción espiritualista de la vida. Verdad es que el énfasis, la pasión, el acento afectivo recaen sobre esta última. Unamuno no siente nunca entusiasmo por las explicaciones puramente materialistas del universo. Pero todos sus lectores han notado que, de vez en cuando, acá y allá, en medio de sus más fervorosas invocaciones a Dios, a Don Quijote, a Dulcinea, surge una frase de desaliento y de negación de sus propios entusiasmos: "vidente de este cielo, pues no hay otro...", "la nada se vestía /

²⁸ Cit. por M. GARCÍA BLANCO, *Don Miguel de Unamuno y sus poetas*, Salamanca 1954, 147. Esta elaboración poética del transformismo no es enteramente original de Unamuno, sino que procede de Tennyson (v. Anna Krause, "Unamuno and Tennyson", en *Comparative Literature* (Oregon), III, 1956, 122-135).

de cosas de deseo..."; "y sin embargo, ni la fe es trasmisible o racional ni la razón es vital", etc. ¿Qué es más sustantivo en Unamuno, la fe que acaricia o la incredulidad que detesta? ¿Qué está más al fondo de su alma, la ilusión o el escepticismo? Usando la misma antinomia, tomada a Tennyson, que él gustaba de repetir, ¿fué su vida una vida de fe diversificada por la duda, o una vida de duda diversificada por la fe? El crítico, ante este interrogante, contestará según sus propias tendencias le dicten. El P. Hernán Benítez, por ejemplo, escribirá un simpático libro²⁹ en que lucha por "salvar" a Unamuno a toda costa, presentándonoslo como un creyente fervoroso. Si Unamuno se angustia, si Unamuno se desespera, es precisamente porque quiere conservar su fe a toda costa, porque aprecia su fe más que ninguna otra cosa en el mundo. Pero otro crítico, con otras convicciones, ¿no verá en las agonías de Unamuno una prueba de su radical, de su inextirpable escepticismo, subyaciendo a todos sus esfuerzos por creer y haciéndolos vanos?³⁰ Y según sea la actitud del crítico, según veamos en Unamuno a un ateo descontento de su ateísmo o a un creyente vacilante en su fe, así será la trascendencia que atribuyamos a la parte positivista de su formación.

Peró, no obstante el relativismo impuesto por los diferentes puntos de vista, los críticos han coincidido en el rastreo de algunos factores que revelan los antecedentes positivistas de nuestro autor. Laín Entralgo, por ejemplo, ha visto en la sociología spenceriana un posible ingrediente del concepto de "intrahistoria": "El tercer momento que condiciona la disociación unamuniana entre el ámbito de los sucesos históricos y el de los hechos intrahistóricos es, sin duda, el prestigio del 'hecho' —como concepto y como mera palabra— en la mente de todos los hombres posteriores al positivismo, aunque sean rudamente antipositivistas... Es muy propio de todos los hombres de su época —Nietzsche, Bergson, tal vez el mismo Dilthey— haber atravesado una etapa juvenil de científicismo más o menos matemático o biológico. Pues bien, de ese período 'spenceriano' debió quedar en el alma de Unamuno la venera-

²⁹ Ver nota 13.

³⁰ Esta es más o menos la actitud de A. SÁNCHEZ BARBUDO, "La formación del pensamiento de Unamuno: una experiencia decisiva: la crisis de 1897", en *Hispanic Review*, XVIII, 1950, 218-243; y "Los últimos años de Unamuno. San Manuel Bueno y el Vicario Saboyano de Rousseau", en *Ibid.*, 1951, 281-322; tras la aparición de estos artículos ha seguido una polémica del autor con el P. Hernán Benítez en revistas argentinas que no he podido consultar.

ción mítica por el 'hecho social' y el desprecio por el 'suceso' histórico. No había advertido Unamuno lo que después hemos visto con toda claridad: que los hechos intrahistóricos son también, indudablemente, sucesos³¹.

Y, aunque se trata de algo que todo el mundo ha notado, nos gustaría hacer hincapié en lo que Laín recuerda al principio de esta cita: el enorme prestigio del "hecho" en todas las mentes nacidas del positivismo acá. No es sólo el "hecho social", es el hecho de cualquier clase que tiene un peso considerable en el mecanismo ideológico de Unamuno. Se podría decir que, así como el positivista de los buenos tiempos basaba sus razonamientos en el "hecho" desnudo, horro de toda reelaboración teórica, Unamuno se apoya a cada instante en el hecho trascendible y salta de él al ensueño, al impulso ideal, pero sin que aquél deje de servirle siempre de trampolín. Su misma defensa de la fe contra la razón no es otra cosa:

"La razón nos dá las relaciones de las cosas, su exterior, pero en la esencia íntima, en su espíritu, ¿podemos penetrar de otro modo que por el amor? Y el amor es fe. Y la fé es un hecho, un verdadero hecho, como tal irreductible. Querer racionalizar los hechos es querer demostrar los axiomas, es reducirlos a polvo de hechos y caer en el nihilismo. Un hecho es un axioma en concreto, un axioma un hecho en abstracto. Y la fe es un hecho"³².

Parecido enfoque se nos revela en un corto pasaje sobre el dolor y sus virtudes:

"Dice Meredith que el dolor no es un misterio, sino un simple hecho, y, sin embargo, el dolor es la principal fuente de lo que llaman paradojas los tontos, a los cuales, aunque chillen, no les duele nada de veras. Pero, ¿es que un hecho no es por lo mismo de serlo, un misterio? ¿Y es que todo misterio no es un hecho?"³³.

Nada semejante hubiera dicho un positivista, para el cual el misterio no existe, siendo tan sólo parte de una franja incognoscible que se irá estrechando poco a poco con el avance de la ciencia. Y para Unamuno, en cambio, no sólo existe el misterio, sino que todo hecho es un misterio. Ello quiere decir que ha trascendido el positivismo para adoptar una actitud genui-

³¹ P. LAÍN ENTRALGO, *La Generación del 98*, Col. Austral (1947), 154. Para la influencia de Carlyle también en el concepto de la "intrahistoria", véase el ensayo de Carlos Clavería, "Unamuno y Carlyle", en *Temas de Unamuno*, Madrid 1953.

³² *Cartas a Jiménez Ronda*, 262.

³³ *Ensayos*, II, 569.

namamente metafísica, pero no olvidemos que el respeto por el "hecho", imposible antes de Spencer, subsiste como una de las bases de todo su pensamiento.

Otro rasgo unamunescos que tiene origen en su cientifismo juvenil es lo que se ha llamado su "biologismo", cosa que puede proceder tanto de sus lecturas de Spencer como de su afición a Darwin, Huxley y otros biólogos³⁴.

F. Huarte Morton ha hecho notar³⁵ cómo todo el ideario lingüístico de Unamuno está fuertemente impregnado de biologismo positivista. Unamuno gustaba de concebir la lengua como un ser vivo y de interpretar los fenómenos lingüísticos en términos biológicos: "Una lengua vive y se nutre y se acrecienta y decae y acaba por morir como cualquier otro organismo vive en un ambiente y del ambiente"³⁶. Recuérdese también cómo alude varias veces a una obra que tenía en preparación y que nunca llegó a publicar: esta obra se titularía "Vida del romance castellano; ensayo de biología lingüística". Otra vez aplica a la lengua el esquema darwinista de la supervivencia del más apto complementada por las leyes de la herencia; y así las fuerzas fundamentales que actúan sobre una lengua en formación son la etimología, correspondiente a la herencia, y la analogía, comparable a la adaptación. Y en el ensayo titulado "La enseñanza del latín en España", aboga porque a los niños se les enseñe biología poniendo ejemplos de lingüística, que les resultarán más claros y asequibles que los de botánica o zoología, lo cual indica que para él existía una correspondencia casi rigurosa entre los fenómenos del mundo animal y vegetal y los fenómenos lingüísticos.

Pero este biologismo unamuniano no se limita a sus ideas filológicas, sino que invade otros muchos campos. Ya en su libro sobre la Generación del 98 notó Laín en la obra de Unamuno una primera etapa —"Paz en la guerra", primeros ensayos— en la que abundan las metáforas biológicas de origen spenceriano, mientras que después predominan las metáforas extraídas de la vida personal: el ensueño, el canto, el quijotismo, etc.³⁷. También en 1902, el mismo año en que aparece

³⁴ Es posible que el médico catalán Ramón Turró, cuya obra "Los orígenes del conocimiento: el hambre" (Barcelona 1916) prologó Unamuno, tuviese influencia en las ideas de éste.

³⁵ "El ideario lingüístico de Unamuno", en estos *Cuadernos*, V, 1954, 90 y sgs.

³⁶ *Ensayos*, I, 395.

³⁷ P. LAÍN ENTRALGO, *Ob. cit.*, 155.

la novela "Amor y pedagogía", la más encarnizada sátira de Unamuno contra los ideales positivistas, escribe éste un artículo en que recoge los hallazgos de Wallace, Geddes y Thomson sobre la selección natural de las especies y la evolución de los sexos³⁸. Pero, ¿hay que limitar a un primer período de su producción este interés por la biología? Abrase uno de los libros más centrales en la obra de Unamuno, "Del sentimiento trágico de la vida", y se encontrará en sus primeras páginas, no sólo gran profusión de imágenes y símiles biológicos, sino de teorías e hipótesis tomadas a los más famosos naturalistas y utilizadas por el autor como arranque de sus peculiares concepciones. Casi todos los grandes temas de esta obra están reforzados y subrayados por un paralelo extraído del mundo de la historia natural. Una vez es el amor que se engendra a costa de la muerte, lo mismo que los seres microscópicos se reproducen por división³⁹. En otro pasaje se nos da una explicación evolucionista del origen de las facultades espirituales más elevadas del hombre. La sangre impura, enferma, excita el cerebro y produce pensamiento. "Un hombre perfectamente sano no sería un hombre, sino un animal irracional". El conocimiento comienza a desarrollarse en función de su necesidad para la vida. La percepción se desarrolla en cuanto es útil: el parásito que vive en un intestino, como no necesita aparato ocular, no lo tiene. Después aparece la razón, que es ya un producto social, tal vez originado por el lenguaje, por el intercambio. Hablamos con nosotros mismos gracias a saber hablar con los demás. "Hay un mundo, el mundo sensible, que es hijo del hambre, y hay otro mundo, el ideal, que es hijo de amor". El conocimiento viene del instinto de conservación, y el amor del instinto de perpetuación"⁴⁰.

En otro pasaje, entre humorístico y serio, se opone a la historia de la creación del hombre que relata el Génesis otra explicación evolucionista, según a la cual el hombre se originó de un mono antropeide enfermo que tuvo que desarrollar, para sobrevivir, ciertas facultades que sus compañeros de especie sanos no utilizaban⁴¹. Esta idea de que las facultades espirituales más valiosas proceden de desventajas o anormalidades fí-

³⁸ *De esto y aquello*, IV, 46.

³⁹ *Ensayos*, II, 832.

⁴⁰ *Ibid.*, II, 737. Aquí se ve claramente el influjo de la obra de Turró.

⁴¹ *Ibid.*, II, 732.

sicas parece ser especialmente cara a Unamuno. Recuérdese, por ejemplo, su favorita explicación del humorismo, según la cual éste procede de que el organismo, atacado por ciertas enfermedades, envía al cerebro sustancias tóxicas que lo excitan e hipersensibilizan. Carlyle, su más dilecto humorista creador de paradojas, era un dispéptico y Swift un enfermo crónico del hígado⁴³.

Todo esto, que mencionamos sumariamente por ser de sobra conocido, tiene relación con lo que R. L. Predmore ha expuesto en su interesante artículo "Flesh and Spirit in the works of Unamuno"⁴³. Subraya Predmore, con abundancia de ejemplos, la importancia y cantidad de las imágenes biológicas, fisiológicas y patológicas en la obra de Unamuno. A todos, en efecto, nos ha chocado alguna vez la insistencia con que Unamuno recurre a la fisiología para expresar convicciones, estados de ánimo, aspiraciones ideales incluso. Su repetido interés en el hombre "de carne y hueso"; su favorito concepto de que hay que pensar no sólo con la cabeza, sino con el estómago y las vísceras, con el cuerpo todo; expresiones frecuentes como "se le remejieron las entrañas", y otras que otros lectores recordarán; todo ello hace pensar, no sólo que Unamuno creía firmemente en la unión íntima del alma y el cuerpo (cosa que todo el mundo cree ahora), sino que hallaba especial delectación en esa comunidad psicofísica y que su sensibilidad era especialmente apta para encontrar poesía en el mundo de lo carnal y de lo fisiológico. Quizás este aspecto de la sensibilidad de Unamuno no haya sido suficientemente advertido. Sus protestas de castidad han hecho que sus lectores apenas soñaran con encontrar en sus obras un átomo de sensualidad o de morosidad voluptuosa, y, sin embargo, en muchos pasajes de "La tía Tula" (que Predmore aduce) y en algunas de sus novelas cortas, como en "El sencillo Don Rafael, cazador y tresillista", hay descripciones de un materialismo sensualista que recuerdan, por remota que parezca la semejanza, a ciertas obras de D. H. Lawrence⁴⁴.

De aquí llega Predmore a la conclusión de que Unamuno,

⁴³ *Ibid.*, II, 597.

⁴³ *PMLA*, LXX, 1955, 587-605.

⁴⁴ Se ha trazado ya un paralelo entre Unamuno y Lawrence, en un artículo que no he podido consultar, por A. MEJÍA NIETO, "El descontento de Lawrence y Unamuno", en el diario "La Nación" de Buenos Aires, 2 de julio de 1940, pero no sé si se referirá a este aspecto.

en el fondo, e incluso sin saberlo él mismo, era un materialista redomado; que era precisamente por su materialismo y por el amor que sentía hacia su propio cuerpo, indisoluble de su alma, por lo que ansiaba la inmortalidad y se complacía, de entre tantos dogmas como rechazaba, en el de la resurrección de la carne; y, finalmente, que la única forma de inmortalidad segura y positiva para él era la perpetuación carnal en los hijos. Pero la exageración de estas conclusiones no prueba nada, como no sea lo que dijimos más arriba acerca del relativismo con que cada crítico juzgará a Unamuno según sus propias ideas.

Lo interesante para nosotros es el origen de este "fisiologismo" de las imágenes unamunianas. Predmore hace notar que en la lengua española hay una larga tradición de fisiologismo psicológico, reflejada en expresiones populares tales como "tener agallas", "tener redaños", llamar "entrañas" a la persona amada, etc. También hay una tradición literaria paralela. El vocabulario con que nuestros místicos tratan de describir la experiencia inefable de la unión con Dios procede en buena parte del terreno de la fisiología. Unamuno tenía, pues, un amplio venero, a la vez popular y literario, en el que modelar sus expresiones, y prueba de que en efecto utilizó este rico caudal tradicional es la frecuencia con que emplea arcaísmos y regionalismos cuando quiere describir esas sensaciones viscerales y movimientos fisiológicos tan de su agrado. Pero, aparte de esto que pudiéramos llamar "fisiología popular", hay en Unamuno una buena dosis de fisiología culta, científica. Mientras que la primera aparece en sus novelas y escritos de imaginación, la segunda predomina como refuerzo teórico en sus artículos y ensayos, donde se ven multitud de comentarios a obras biológicas, con nomenclatura ya no popular, sino científica.

A nuestro modo de ver, hay una estrecha unidad en todo ello. Varios elementos convergen en un mismo resultado. Su gran sensibilidad para lo material y carnal, aunque contrarrestada por un gran anhelo de espiritualidad, le hace aprovechar con gusto la rica tradición fisiológica del idioma, y al mismo tiempo le hace simpatizar con las ciencias biológicas y fisiológicas, florecientes desde el positivismo, y utilizarlas para la elaboración de su pensamiento. Y quizás el punto inicial de esta curiosidad por las ciencias de la vida se halle en lo "mucho que le enseñó el ingeniero filósofo inglés", aunque, "afor-

tunadamente, saliese pronto de su encanto"⁴⁵, o en sus lecturas de Darwin, Wallace y otros naturalistas británicos.



JOSÉ ALBERICH

Oxford (Inglaterra)
5, Divinity Road

⁴⁵ *Ensayos*, II, 1142.